

## 1. Sabor a fuego y pólvora

Un agudo silbido cortaba la atmósfera con su inquietante melodía, igual que un trépano helado entre las sienes, precipitándose en picado desde aquel cielo brillante sobre nuestras cabezas. El miedo calaba tan hondo en las tripas que apenas hubo movimiento, yertos como si nos hubiéramos anticipado a la inminencia de la propia muerte, y todo quedó en manos del azar, antojadizo y cruel. Mientras la angustia se prolongaba hasta el infinito, el pensamiento — resignado a un temible desenlace que no terminaba de llegar— se volvió una plegaria nerviosa, más instintiva que voluntaria, en busca de un dios ya olvidado. Los decibelios, desplegando toda su magnitud, anunciaban la llegada inmediata del caos cuando, súbitamente, el impacto se materializó en forma de horrisona tormenta, en un ígneo diluvio que sembraba el fruto yermo de la masacre cabalgando ráfagas con sabor a fuego y pólvora. Todo a mi alrededor fue absorbido por un humo voraz, un manto grisáceo que, arrojando el caprichoso vuelo de las esquirlas en su invisibilidad mortífera, teñía el éter con la húmeda contextura de la sangre. Un coro desgarrador crascitaba hasta la afonía un último auxilio que se volatilizaba entre las llamas, marcando el indómito paso de las antorchas humanas como luciérnagas rodantes que, en la desesperación de su relumbrante martirio, empapaban el aire de salvajes alaridos al despeñarse hacia ninguna parte, sin más rumbo que la congénita nada de lo inevitable. Y aun así, pese a ser testigo de tal locura, la montaña aguantó firme su pesarosa mirada, sostuvo valiente el pulso a un horror hambriento de almas... hasta que no pudo más: parte de la sierra comenzó a flaquear ante la impía cadencia de los proyectiles, derritiéndose en rocas que morían exhaustas por la ladera, arrastrando consigo a quién sabe cuántos. El suelo temblaba, el oxígeno se tornó irrespirable y un feroz pitido no paraba de ensañarse con mi cordura, todo era polvo y demencia bajo una hojarasca de hollinienta ceniza. Un abrupto rechinado preludió el aterrizaje de un obús malicioso a pocos metros de mí. Sin apenas reacción, la arena me golpeó clavándoseme en la vista y sentí el inmanente calor de su energía

traspasándome, como si tragase una vaharada de brasas ardientes. Entonces, frente al clamor estentóreo de las sombras, me vi arrojado con violencia contra las faldas del cerro. Un rusiente vendaval fundió todo en negro.

Abrí mis doloridos ojos rodeado de una neblina que despedía un desquiciante olor a chamusquina, un tosco efluvio que se adhería al paladar casi bordeando la náusea. Imperaba una calma engañosa, aun cuando el infierno parecía haber cesado entre tinieblas. Encendiendo la mirada y sin haber despertado del todo, deduje por mi desorientada consciencia que había perdido tanto el conocimiento —sacudido por la onda expansiva o a causa del pánico— como la noción del tiempo. ¿Cuánto habría transcurrido desde el ataque? A medida que recuperaba la visibilidad, el olor a carne quemada se hizo más intenso, y según iba recobrando la compostura —encontré el arma y me aseguré de no estar gravemente herido— algunos bramidos de dolor, de auxilio, fueron apagándose. La agonía apenas duró lo que una leve brisa fantasmagórica y en pocos minutos volvió a reinar una desconcertante mudez. Desde mi posición, a través de la mira de mi arma, no aprecié actividad en el frente enemigo, aquello no se asemejaba a una ofensiva, sino más bien a un ataque puntual, como si hubieran estado midiendo las coordenadas para ajustar el fuego de artillería. Habían dado en el clavo los muy cabrones.

—¿Estáis bien? —pregunté para asegurarme del número de bajas. Sólo el silencio me respondió tras el velo acústico ocasionado por las explosiones—. ¿Nadie por ahí? —traté de cerciorarme, pero fue inútil. En el ambiente levitaba el frágil rumor de los estertores ahogándose entre hemorragias, borbotando desde las profundidades del pecho, además de alguna tos que se extinguía solitaria bajo la sofocante bruma. La única respuesta fue mi propio aliento acelerado. Estaba solo.

Mi respiración, tan agitada como nerviosa, se transformó en grito sordo tras encontrarme, al disiparse el humo, una masa de carne fundida cuya testa había quedado envuelta en un chancro gelatinoso. Era irreconocible, en vez de rostro había una oquedad en la que sangraban indicios de una calavera, aún el cuerpo humeante sufría ligeras convulsiones, era un despojo humano, un guiñapo con las extremidades amputadas y la blanquecina pasta apelmazada

que fueron sus entrañas desparramándose en un goteo emético. Fui incapaz de contener el vómito. Tras beber agua de mi cantimplora y aplacar la amarga pirosis del gástrico, reconocí el cuerpo mediante la chapa identificativa: el putito sargento.

Sentí una inconsolable soledad, como si estuviera desamparado, a merced del miedo que había empapado mis pantalones. ¿Qué podía esperarse de mí? ¿Qué había hecho para merecer aquello? Tras unos instantes de confusa estupefacción, volví a asegurarme de que el enemigo no avanzaba, reuní el armamento con toda la munición posible y junté el material que pudiera necesitar, para ello me vi obligado a hurgar en petates ajenos y a saquear cuerpos todavía latientes. Acerqué todos los víveres y cantimploras a mi puesto, me cambié de pantalones —rara sensación la de los calzoncillos de otro— e intenté hacer funcionar la radio que, aunque visiblemente dañada, todavía emitía un ruido sucio en el que las palabras se mostraban ininteligibles. A través del aparato, informé repetidamente de la situación —bajas, posición, ubicación del enemigo, etcétera— esperando que mi voz llegase al alto mando del cuartel general en busca de refuerzos, pero no se trataba más que de un mensaje en una botella lanzada a la vasta inmensidad del océano y me vi como un simple naufrago rodeado de cadáveres, con los tiburones acechando al otro lado. Sólo mi posición me garantizaba cierta seguridad, el riesgo en el que se elevaba la trinchera era mi bote salvavidas.

Cuando el humo hubo desaparecido totalmente, aprecié de nuevo la claridad azul de ese cielo liso y pulcro, sin una nube, siempre luminoso, tan abrasador a veces... Durante un instante, quizás largos minutos, no pude evitar pensar que aquella bóveda bellísima sería mi sepultura y mi uniforme la mortaja en la que cruzaría el túnel hacia el definitivo adiós. ¿Entonces qué sentido tenía mi supervivencia? Me parecía una burla cruel que el destino hubiese decidido prorrogar mi existencia sin motivo alguno, sin ofrecerme más que una vana esperanza de ser rescatado. ¿Qué quería de mí aquel lugar? ¿Tal vez una oportunidad para expiar mis pecados? No podía ser así, me constaba que entre mis compañeros de uniforme aniquilados por el enemigo había una importante caterva de sádicos cabronazos rebosantes de malignidad. ¿Por qué no han sobrevivido ellos para limpiar unas culpas mayores aún que las mías? Quizás

hayan ido directos al averno porque su redención era del todo imposible. Cierto es que entre los cuerpos sin vida había gentuza, aunque también abundaban jóvenes sin maldad con la inocencia intacta, ¿en qué plan divino se justificaría su muerte? Lo fácil sería pensar que ellos, con su acendrada conciencia como salvoconducto, estarían reposando en paz sobre su lecho empíreo, los malos al infierno y los buenos al cielo, sin embargo, ¿en qué lugar me dejaba eso a mí que había sobrevivido? La verdad es que, a pesar de mi educación, nunca creí en esas ficciones religiosas del más allá y de la otra vida, pero sin duda la impresión que causaba aquel calamitoso panorama dejó caer sobre mí una tromba de pensamientos atípicos. Supuse que el significado de aquella situación todavía estaba lejos de mi alcance, de modo que preferí recriminarle a la suerte como única responsable de todo. Ella manejaba la arbitrariedad del azar a su voluntad y tomaba las riendas de todo lo intangible, como por ejemplo la aleatoriedad del morir, por lo tanto mi supervivencia obedecía simple y llanamente a una casualidad. No había ninguna misión encomendada por el destino, no existía cometido alguno para el que estuviera llamado que explicara que aún respirase.

La presencia de aquellos crepitantes cuerpos sin vida, troceados en sanguinolento picadillo, empezaba a producir un extraño revuelo en mi juicio, alteraba mi mente con absurdecos metafísicas que apenas me permitían concentrarme en sobrevivir. Debía fijarme en algo concreto y mantenerme ocupado.